

CAPITULO IX

EL PUEBLO EN MARCHA

Notó que alguien le llamaba le atención presentándole un vaso lleno de cierto fluido diáfano, levantó la cabeza y vió que era un joven luciendo amarillo ropaje. Tomó el vaso y apuró la dosis, y un momento después estaba resplandeciente. Un hombre de elevada estatura, vistiendo negra hopalanda, estaba detrás de él y señaló el salón á través de la puerta entreabierta. Aquel hombre le hablaba distintamente al oído y sin embargo, sus palabras eran indistintas á causa del gran rumor que venía de aquella especie de anfiteatro. Detrás de este individuo se veía una joven con una falda gris de reflejos argentinos, á la que Graham, aun en su confusión, juzgó bella. Sus negros ojos, llenos de curiosidad y admiración, estaban fijos en él, y temblaban sus labios entreabiertos. La puerta, á medio abrir, permitía entrever la apiñada multitud de aquel gran patio, y escuchar un inmenso vocerío, un rumor de aplausos que se extinguían para comenzar de nuevo, elevándose al redoble del trueno; y así con continuas intermitencias, todo el tiempo que Graham permaneció en la relativamente reducida estancia. Graham observaba los labios del hombre vestido de negro y se dió cuenta de que le estaba haciendo alguna inconexa explicación.

Contempló estúpidamente durante unos momentos todas aquellas cosas, y luego se levantó súbitamente; asió el brazo del hombre que le hablaba.

—¡Dígame usted!—exclamó.—¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo?

Los otros se acercaron al oír sus voces. «¿Quién soy yo? Los ojos de Graham interrogaban todas aquellas cosas.

—¿No le han dicho nada?—exclamó la joven.

—¡Decidme, decidme!—gritó Graham.

—Usted es el amo de la tierra. Medio mundo le pertenece.

Creyó haber oído mal. Se resistía á la persuasión. Afectó no haber comprendido, no haber oído. Dejó oír de nuevo su voz.

—Hace tres días que estoy despierto... prisionero estos tres días. Juzgo que se ha entablado una lucha entre cierto número de gentes de la ciudad... ¿es Londres?

—Sí—dijo el hombre joven.

—¿Y aquellos que vi en el gran salon del blanco Atlas? ¿Qué relación tienen conmigo? Porque sea de una manera ú otra, tienen relación conmigo. Por qué, no lo sé. Páreceme á mí que mientras he estado durmiendo el mundo se ha vuelto loco. Y me he vuelto loco yo.

¿Eran los consejeros, aquellos que estaban bajo el Atlas? ¿Por qué querían narcotizarme?

—Para tenerle á usted insensible—dijo el hombre de lo amarillo.—Para impedir su intervención.

—Pero ¿por qué?

—Porque usted es el Atlas, señor.—dijo el de ropaje amarillo.—El mundo descansaba sobre los hombros de usted. Ellos lo gobiernan en su nombre.

Y los sonidos del patio habían cesado, y el silencio era interrumpido por una voz monótona. Repentinamente, pronunciadas estas palabras, llegó un tumulto ensordecedor, un atronador vocerío, vivas coreadas por miles de voces roncadas y chillonas, palmadas, silbidos, y mientras duró esto, los de la habitación no pudieron oírse los unos á los otros.

Graham estuvo tratando de retener en su imaginación lo que acababa de oír.

—El Consejo...—repitió vagamente, y después se fijó en un nombre que le había impresionado.—Pero ¿quién es Ostrog?—dijo.

—Es el organizador... el organizador de la revolución. Nuestro jefe... en nombre de usted.

—¿En mi nombre?... ¿Y él? ¿quién es él?—dijo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—El... nos ha diputado á nosotros. Yo soy hermano suyo... hermanastro, Lincoln. Desea que se muestre usted al pueblo congregado aquí y después vaya á reunirse con él. Por eso nos ha enviado. Esta comunicando ahora en la dirección de semáforos. El pueblo se ha puesto en marcha.

—En su nombre—gritó el joven,—ellos han gobernado, abusado, tiranizado. Por último...

—¡En mi nombre! ¡Mi nombre! ¡Cómo!...

El más joven de los dos hombres aprovechando una pausa del estrépito exterior, con voz indignada y declaratoria, una voz penetrante que salía de debajo de su roja nariz aguileña y espeso bigote, dijo:

—Nadie esperaba su despertar. Nadie. Son muy astutos. ¡Condenados intrigantes! Pero les hemos tomado la delantera. ¡No sabían si narcotizarle á usted, hipnotizarle ó matarle!

De nuevo el ruido del patio lo dominaba todo.

—Ostrog está en la dirección de señales, preparado... Hasta me parece oír rumores del comienzo de la lucha.

El hombre que había dicho llamarse Lincoln, se acercó á él.

—Ostrog ha combinado el plan. Tenga usted confianza en él. Estamos bien organizados. Nos apoderaremos de los pisos volantes... Quizás en este momento se esté haciendo. Después...

—El público que hay aquí—gritó el hombre de amarillo,—no es tan sólo un contingente. Tenemos cinco miriadas de hombres resueltos...

—Tenemos armas—exclamó Lincoln.—Tenemos planes. Un jefe. La policía se ha retirado de las calles reconcentrándose en... (ininteligible).—Ahora ó nunca. El Consejo se tambalea... Ni siquiera pueden confiar en sus tropas...

—¡Oiga usted cómo le llama el pueblo!

La mente de Graham era como una noche de luna, en un cielo surcado de nubes; ora oscuridad y desolación, ora claridad y blancura. El que era el Dueño de la Tierra, sólo sentía que era un hombre calado hasta los huesos por la nieve derretida. De todas partes sus fluctuan-

tes impresiones, la más dominante presentaba un antagonismo; de una parte el Consejo Blanco, poderoso, disciplinado, reducido, el Consejo Blanco de cuyas manos acababa de escapar; y de la otra, inmenso número de gente, apiñada, masas, aclamando su nombre y llamándole el Amo. Los primeros le habían aprisionado y discutido su muerte. Estos miles de vociferadores que le esperaban fuera le habían rescatado. Porque estas cosas eran así, Graham no lo comprendía.

Abierta la puerta, la voz de Lincoln fué barrida y ahogada, y una oleada de gente se precipitó hacia el tablado. Aquellos intrusos se aproximaron al durmiente y á Lincoln, gesticulando. Las voces de detrás apagaban las suyas.

—¡Mostradnos al durmiente, mostradnos al durmiente!—era la nota dominante. Otros intimaban «¡Orden! ¡Silencio!»

Graham miró á través del hueco de la puerta y vió en el vasto, oblongo cuadro del lejano anfiteatro, una ondulante, incesante confusión de seres apiñados, vociferadores semblantes, hombres y mujeres juntos, vistiendo ropas azul pálido, extendidas las manos. Muchos estaban de pie; un hombre andrajoso, una figura huesuda, de pie sobre un banco, agitaba un harapo negro. Graham vió la curiosidad y admiración en los ojos de la joven de falda gris. ¿Qué quería de él aquella gente? Se daba cuenta, vagamente, de que el tumulto en el exterior había cambiado de carácter; era ahora en cierto modo correcto, organizado; su propio espíritu, también cambio. Por un intervalo no reconoció la influencia que le estaba transformando. Trató de hacer claras demandas acerca de lo que se requería de él.

Lincoln le gritaba al oído, pero Graham era sordo á sus voces. Todos los demás, excepto la joven, vociferaban hacia el anfiteatro. Entonces comprendió lo que ocurría. La masa entera del pueblo estaba cantando. No era sencillamente un canto, las voces coreaban ó acompañaban á una música instrumental; música semejante á la de un órgano, un conjunto de sonidos, en que se distinguían trompetas y flautas, que parecían entonar la marcha

y acordes del comienzo de una guerra. Y los piés de la muchedumbre llevaban el compás.—¡Pam, pam!

Fué impelido hacia la puerta. Obedeció maquinalmente. El ardor del canto le asaltó, le reanimó.

—Salúdelos usted con la mano—dijo Lincoln;—salúdelos usted.

—Sí—dijo una voz al otro lado,—es necesario hacerlo. Pero antes, un momento...

Le detuvieron á la puerta y le echaron sobre los hombros un sutil manto negro, de ondulantes pliegues. Envolvióse con la mano que le quedaba libre y siguió á Lincoln. Notó junto á él á la joven de gris argentino, el rostro levantado, el gesto resuelto. Por un momento le pareció, encendida y ardiente como estaba, la personificación del canto. De pronto las ascendentes ondas de la música cesaron á su aparición, terminando en atronadora exclamación. Guiado por Lincoln, seguía oblicuamente por el centro del escenario, frente al público.

El patio era un espacio inmenso é intrincado; galerías, balcones, anchos espacios de gradas en anfiteatro, y grandes arcadas. Más lejos, en lo alto, aparecía la boca de un ancho corredor lleno de gente que luchaba por pasar. Toda la muchedumbre vibraba en conjestionadas masas. Figuras aisladas sobresalían entre la multitud, le impresionaban momentáneamente, y perdían después su individualidad. Pegada á la plataforma se agitaba una hermosa mujer de blanquísimo rostro, rodeada por tres hombres, desmelenada y blandiendo un pañuelo verde. Próximo á este grupo un anciano de rostro demacrado, con ropaje azul pálido, defendía su puesto con tesón y detrás vociferaba una faz imberbe, mostrando una ancha boca sin un diente. Una voz pronunció la enigmática palabra «Ostrog». Todas las impresiones de Graham eran vagas salvo la reciente emoción de aquel ardiente canto. La multitud llevaba el compás con los piés, marcando pam, pam, pam, pam. Verdes banderolas se agitaban aquí y allá. Después vió que los que estaban más próximos á él, en un espacio frente al escenario, marcharon de frente, se encaminaron hacia una gran arcada y gritaban: «¡Al Consejo!» Pam, pam, pam, pam. Saludó con la mano

y el clamoreo subió de punto. Recordó que debía gritar «¡Marchen!» Saludó de nuevo y señaló la arcada gritando «¡Adelante!» Ya no marcaban el compás, estaban en marcha; plam, plam, plam, plam. En la hueste había hombres barbudos, viejos, jóvenes, mujeres, muchachas. ¡Hombres y mujeres del nuevo siglo! Ricas ropas, pardos harapos flotaban juntos en el torbellino de sus movimientos entre el azul dominante. Una gigantesca bandera negra marcaba la dirección á la derecha. Vió un negro vestido de azul, una mujer desgredada de amarillo; después un grupo de hombres de blanca faz y rubios cabellos, de azul, pasaron frente á él teatralmente. Vió asimismo dos chinos. Un joven de morena tez y brillantes ojos, vestido de blanco de cabeza á piés, gateó hacia el escenario gritando entusiásticamente, luego retrocedió y siguió su camino volviendo la cabeza. Cabezas, hombros, manos esgrimiendo armas, todo se mezclaba en aquel marcial avance.

Pocas caras sobresalieron de la confusión para él; sus ojos encontraron ojos que pasaron y se desvanecieron. Los hombres le hacían gestos, gritando cosas que no podía oír. Los más de los rostros estaban encendidos, pero otros espantosamente pálidos. ¡Hombres y mujeres del nuevo siglo! ¡Extraña é increíble reunión! Cuando el ancho torrente humano hubo pasado por delante de él hacia la derecha, otros tributarios de los lugares más altos del anfiteatro, descendían renovándose incesantemente; plam, plam, plam, plam. El unísono del canto se confundía con los ecos de arcadas y corredores. Todo el mundo parecía en marcha. Plam, plam, plam, plam; los oídos le zumbaban. Las telas ondulaban hacia adelante, los rostros se sucedían más rápidamente.

Plam, plam, plam, plam; apremiado por Lincoln, volvióse hacia la arcada, caminando inconscientemente al ritmo del canto, notando apenas su movimiento caudencioso y arrastrado por el ejemplo. La multitud, los gestos y la canción, todo se movía en aquella dirección; las oleadas de gente descendían, hasta que los rostros levantados quedaban bajo el nivel de sus piés. Entrevió un camino abierto ante él, una comitiva que le rodeaba,

guardias y dignatarios, y Lincoln siempre á su derecha. Fueron acudiendo personajes, y todavía pudo distinguir una ó dos veces, la multitud que desfilaba por la izquierda. Delante de él se veían las espaldas de los guardias vestidos de negro, tres y tres y tres. Caminaban á lo largo de un camino con barandillas y cruzado sobre la arcada, por donde seguía pasando la muchedumbre sin cesar de vitorearle. El no sabía adónde le llevaban; ni deseaba saberlo. Echó una mirada hacia el patio. Plam, plam, plam, plam.

CAPITULO X

LA BATALLA EN LAS TINIEBLAS

Ya no estaba en el teatro. Caminaba á lo largo de una galería que daba sobre una de las grandes calles de plataformas movibles que atravesaban la ciudad. Delante y detrás de él, marchaban los guardas. Toda la concavidad de las movibles vías era una masa de pueblo marchando, dirigiéndose á la izquierda, agitando manos y armas, gritando; su extensión perdiéndose de vista, gritando cuando aparecieron, gritando cuando pasaron, gritando cuando retrocedieron, hasta que los globos de luz eléctrica retrocediendo en perspectiva, fueron cayendo aparentemente y ocultaron el enjambre de desnudas cabezas. Plam, plam, plam, plam.

El estruendo llegaba á Graham ahora, no ya regulado por la música, sino ruidoso y disonante y el compás de los pies, plam, plam, plam, plam, alterado por una atronadora irregularidad de pisadas procedentes de la indisciplinada legión que escalaba las plataformas altas. Repentinamente notó un contraste. Los edificios del lado opuesto del camino parecían desiertos, los cables y puentes que se cruzaban en lo alto de la bóveda, esta-

ban vacíos y sombreados. Ocurriósele á Graham que aquellos lugares también debieran estar repletos de gente.

Sintió una curiosa emoción, el corazón le palpitaba con violencia.

Los guardias que iban delante continuaban su marcha. Vió la dirección de sus rostros. Aquella soledad estaba relacionada con las luces. Miró hacia ella.

Al principio parecióle una cosa que afectaba á las luces sencillamente, un fenómeno aislado, sin relación con las cosas de abajo. Cada inmenso globo de deslumbrante blancura parecía como si le comprimiesen, produciendo una sístole, que era seguida de una transitoria diástole, y otra vez una sístole, semejante á un abrir y cerrar de mano, oscuridad, luz, oscuridad, en rápida sucesión.

Graham se dió cuenta de que esta conducta de las luces estaba relacionada con las gentes que había abajo. El aspecto de las casas y caminos, el aspecto de las apiñadas masas cambiaba, se tomaba una confusión de vividas luces y triscadoras sombras. Vió que una multitud de sombras había tomado una actitud agresiva; parecían crecer, ensanchándose, agrandándose, aumentando con ligereza, retroceder súbitamente y volver reforzadas. El canto y el pataleo habían cesado. La unánime marcha, según descubrió, se había detenido, había reflujos, aglomeración á ambos lados, gritos de «¡Las luces!» Un número de voces gritando la misma cosa. «¡Las luces!» Miró hacia abajo. En aquella danzante extinción de las luces, la calle se había convertido en campo de una monstruosa lucha. Los gigantescos globos blancos se pusieron de un púrpura blanquecino, púrpura con rojizo resplandor; aletearon, aletearon cada vez más, palpitaron entre la luz y la extinción, cesaron de aletear y se convirtieron en unas manchas de un resplandor rojo en una vasta oscuridad. En diez segundos la extinción fué completa, y sólo quedaba aquella rumorosa oscuridad; una negra monstruosidad que se había engullido aquellas movibles miriadas de hombres.

Sintió invisibles formas en torno suyo; le asieron de

los brazos. Algo rayó ásperamente su barba. Una voz gritó á su oído:

—¡ Todo va bien... todo va bien !

Graham se recobró del estupor del primer momento. Tropezó de frente con Lincoln y exclamó:

—¿ Qué significa esta oscuridad ?

—El Consejo ha cortado las corrientes de luz de la población. Es necesario esperar... deténgase usted. El pueblo irá adelante. Ellos...

Su voz fué ahogada por unos gritos atronadores.

—¡ Salvad al durmiente ! ¡ Tened cuidado de él !

Un guarda topó con Graham y le lastimó impensadamente una mano, con su arma. Un violento tumulto se formó y arremolinó en torno suyo, creciendo, más pesado, más denso, más furioso á cada momento. Confusos sonidos de voces llegaban hasta él, y eran arrastrados lejos, cuando su mente estaba á punto de descifrar su significado. Voces que parecían dar órdenes urgentes, otras voces que contestaban. Súbitamente resonó una sucesión de penetrantes alaridos, muy cerca, á sus espaldas.

Una voz gritó á su oído:

—La policía roja...

Y retrocedió inmediatamente fuera del alcance de sus preguntas.

Un sonido rechinante fué creciendo hasta ser distinto, y con él una danza de débiles chispas á lo largo de los lados de los caminos más distantes. A su luz vió Graham las cabezas y cuerpos de un número de hombres, manejando armas parecidas á las que llevaban sus guardas saltando en un momento de confusa visión. Todo comenzó á crujir, á iluminarse con momentáneos destellos de luz, y bruscamente la oscuridad descendió como un telón.

Un resplandor de luz deslumbró sus ojos, un vasto espacio lleno de combatientes confundió su mente. Un grito, una explosión de vítores, llegó á través de los caminos. Levantó los ojos para descubrir el manantial de aquella luz. Un hombre suspendido encima de su cabeza, muy lejos, de la parte superior de un cable, sosteniendo al extremo de una cuerda la deslumbrante estrella, era el que había disipado las tinieblas. Lucía uniforme rojo.

Graham volvió de nuevo los ojos á las calles. Una faja de encarnado en la pequeña extensión que era visible, se ofreció á su vista. Notó que era una densa masa de hombres con uniforme rojo, atrincherados en la parte alta del camino, las espaldas apoyadas contra los pretilos, y rodeados de un enjambre de contrarios. Combatían. Las armas brillaban, y se levantaban, y caían; desaparecían cabezas, siendo reemplazadas por otras, y los tenues centelleos de las armas, se convirtieron en pequeños hilos de humo gris mientras la luz duró.

La estrella se extinguió bruscamente, y las vías quedaron de nuevo en profunda oscuridad, en tumultuoso misterio.

Sintió algo sobre él. Le impelían á lo largo de la galería. Alguien gritaba, quizás á él. Pero él estaba demasiado confuso para oír. Se detuvieron contra una pared y cierto número de gente se precipitó para pasar delante. Parecióle que sus guardias combatían.

Súbitamente, la estrella suspendida del cable surgió de nuevo, y toda la escena apareció blanca y deslumbrante. La banda de ropajes rojos parecía más ancha y más próxima; su vértice estaba á mitad de los caminos que se dirigían á la nave central. Y levantando los ojos, vió Graham que un número de aquellos hombres había aparecido también en las oscuras galerías bajas de la parte opuesta, y hacían fuego sobre la cabeza de los amotinados que estaban debajo, en revuelta confusión, y tratando de ganar las entradas. La significación de estas cosas se le fué aclarando. La marcha del pueblo había caído en una emboscada preparada de antemano. Puestos en confusión por la extinción de las luces, ahora eran atacados por la policía roja. Entonces se dió cuenta de que se había quedado solo, que sus guardias y Lincoln se habían dirigido á lo largo de la galería siguiendo la misma dirección de antes de hacerse la oscuridad. Vió que le estaban haciendo violentos gestos, y corrían hacia él. Un gran grito sonó á través de las calles. Entonces pareció como si todo el frontis del oscurecido edificio del frente opuesto se hubiese cuajado de uniformes rojos. Y estaban señalándole y dando voces.

—¡El durmiente! Salvad al durmiente!—fué el grito que salió de miles de gargantas.

Algo chocó en la pared encima de su cabeza. Dirigió los ojos al lugar y vió una especie de proyectil de forma estrellada, y brilló metálico, aplastado sobre la pared. Vió á Lincoln á su lado. Sintió que le cogían la mano. Después, paf, paf; dos veces habían errado el golpe.

Por un momento no se percató de esto. La calle quedó oculta, todo quedó oculto, cuando miró de nuevo. La segunda estrella se había extinguido también.

Lincoln había cogido á Graham por el brazo y le arrastraba á lo largo de la galería.

—¡Corred antes que vuelva la luz!—exclamó.

Su precipitación era contagiosa. El instinto de conservación pudo más en Graham que la parálisis producida por su asombro. Durante un intervalo fué la criatura ciega ante el temor de la muerte. Corrió, tropezando, á causa de la oscuridad, topando con sus guardiás, cuando éstos se volvieron para correr con él. La rapidez era su único deseo, escapar de aquella peligrosa galería sobre la cual había estado expuesto. Una tercera estrella siguió á las anteriores. Con ella coincidió un gran grito en las calles, y otro grito replicando, fuera de ellas. Los de rojo, vió, que estaban abajo, habían ganado ya casi el pasaje central. Sus innumerables rostros se volvieron hacia él, y comenzaron los gritos. La blanca fachada opuesta era una mancha roja. Todas aquellas admirables cosas, giraban sobre él. Aquellos eran los guardias del Consejo, intentando capturarle.

Oyó silbar las balas sobre su cabeza, una de ellas le rozó una oreja, y vió, sin mirar que toda la fachada del frente, una visible emboscada de policía roja, estaba llena de hombres que le denostaban y hacían fuego sobre él.

Uno de sus guardas rodó por tierra delante de él, y Graham incapaz de detenerse, saltó por encima del convulso cuerpo.

Un momento después estaba, ileso, dentro de un oscuro pasaje, é inmediatamente, alguien, viniendo quizás en opuesta dirección, tropezó violentamente con él. Fué re-

chazado hacia una escalera que rodó en medio de la oscuridad. Incorporóse y fué rechazado de nuevo, y sus manos extendidas tocaron una pared. Se vió oprimido por el peso de cuerpos que luchaban, giraban en torno suyo, y le impulsaban hacia la derecha. Una gran opresión le angustiaba. No podía respirar, sus costillas parecían crujir. Sintió una momentánea holgura, y entonces, la masa de gente que le rodeaba, le arrastró hacia el gran teatro de donde había salido no hacía mucho. Hubo momentos en que sus pies no tocaron el suelo. Después quedó jadeante. Oyó gritos de «Ya vienen!» «¡El durmiente!» pero estaba demasiado confuso para hablar. Oyó el ruido del entrecchoque de las armas. Por cierto espacio de tiempo perdió la voluntad individual, se convirtió en un átomo, ciego, maquinal. Apresuróse á retroceder, impulsado por la presión, y tropezó contra un escalón, y se encontró subiendo una rampa. Y bruscamente todos los rostros que le rodeaban surgieron del negro, visibles, fantásticamente pálidos y asombrados, aterrados, sudorosos, en un lívido resplandor.

El hombre del cable debía haber encendido una cuarta estrella. Su luz llegó reflejándose á través de vastas ventanas y arcadas, y mostró á Graham que él formaba parte ahora de una densa masa de fugitivas figuras negras, impelidas á través de la parte más baja del gran teatro. Esta vez la pintura era lívida y fragmentaria; salpicada y separada por negras sombras. Vió que muy cerca de él, los del uniforme rojo, combatían abriéndose paso entre la multitud. No podía decir si le habían visto. Vió á Lincoln próximo al escenario, rodeado por un grupo de revolucionarios con la divisa negra, y mirando á todos lados como si le buscasen. Graham notó que él estaba próximo al opuesto límite del grupo de fugitivos, que detrás de él, separados por una barrera, escalaban ahora los vacíos asientos del teatro. Ocurrióle una súbita idea, y comenzó á abrirse paso hacia la barrera. Cuando llegó allí, la luz dejó de brillar.

Rápidamente se desprendió del amplio manto que no sólo impedía sus movimientos, sino que le denunciaba, y que se le había deslizado de los hombros. Oyó que al-

guien cayó de bruces al enredarse en la tela. En un momento se encontró escalando la barrera y se abismó después en la oscuridad del extremo opuesto. Después, sintiéndose en camino llegó al extremo inferior de una pasarela ascendente. Con la oscuridad cesaron los disparos y disminuyó el rumor de voces. Después llegó inesperadamente á un peldaño, tropezó y cayó. En el mismo instante abismos é islas entre la oscuridad que le rodeaba, se inundaron de viva luz, el estrépito se hizo más fuerte y la quinta estrella brilló á través de las vastas aberturas de las paredes del teatro.

Rodó entre algunos asientos, oyó un coro de gritos y el sonido de las armas; incorporóse y fué de nuevo derribado, y observó que cierto número de hombres con la divisa negra hacían fuego sobre los policías rojos de abajo, saltando de banco en banco, y guareciéndose tras ellos para cargar de nuevo. Instintivamente se acurrucó entre los bancos, mientras las balas se aplastaban en los mullidos respaldos, y otras arrancaban fragmentos del metal de los armazones. Instintivamente, se señaló la dirección de la pasarela, el mejor camino para escapar en cuanto volviese á reinar la oscuridad.

Un joven atravesó saltando las sillas. Sus piés estuvieron á cinco pulgadas del rostro del acurrucado durmiente.

—¡Ola!—dijo, pero sin dar la menor muestra de que le reconocía; volvióse para hacer fuego, disparó, y gritando «¡Al diablo el Consejo!» se preparó á disparar de nuevo. Entonces parecióle á Graham que la mitad del cuello de aquel hombre había desaparecido. Una gota caliente cayó en el rostro de Graham. El verde fusil, medio levantado, cayó. Por un momento el hombre permaneció inmóvil, el rostro sin expresión, después se inclinó hacia adelante. Sus rodillas se doblaron. El hombre y la oscuridad cayeron juntos. Al sonido de su caída Graham levantóse, y corrió por su vida hasta que un escalón descendente le hizo resbalar y caer. Se puso de pié, y continuó su camino.

Cuando apareció la sexta estrella, encontróse cerca de la abierta boca de un pasaje. Corrió más aun á causa

de la luz, entró en el pasaje y dobló una esquina quedando de nuevo en plena noche. Fué derribado, pisoteado, y pudo ponerse de nuevo en pie. Se encontró formando parte de un grupo de invisibles fugitivos todos corriendo en una dirección. Su único pensamiento ahora era el pensamiento de ellos; escapar de aquella lucha. Corrió y tropezó, vaciló, volvió á correr, fué detenido, perdió terreno, y luego volvió á ganarlo otra vez.

Durante algunos minutos estuvo corriendo en la oscuridad á lo largo de un tortuoso corredor, y luego cruzó un ancho y abierto espacio; pasó por debajo de un arco y llegó por último á lo alto de una escalera que descendía á un espacio llano. Mucha gente gritaba: «¡Ya vienen! ¡Los guardias vienen! ¡Hacen fuego contra el pueblo! ¡Los guardias hacen fuego! ¡En la calle Septuagésima estamos seguros! ¡A la calle Septuagésima!» Había entre aquella muchedumbre tantos niños y mujeres como hombres. Los fugitivos tomaron una arcada, pasaron á través de un corto túnel y desembocaron en otro lugar más espacioso, confusamente alumbrado. Las negras figuras á su alrededor se desparramaron corriendo hacia lo que, á la mortecina luz, parecía ser una serie de gigantescos escalones. El les siguió. La gente se dispersó á derechá é izquierda.

...Notó que no formaba ya parte de un grupo. Se detuvo junto al escalón más alto. Delante de él, en aquella planicie, se veían grupos de asientos y un pequeño kiosco. Encaminóse hacia éste, y, deteniéndose á su sombra, miró jadeante en torno suyo.

Todo era vago y gris, pero reconoció que aquellos grandes escalones eran plataformas de los «caminos», ahora inmóviles. Las plataformas caían á uno y otro lado, y las elevadas construcciones se levantaban más allá, vastas, confusas sombras, cuyas inscripciones y rótulos se entreveían indistintamente, y arriba entre los puentes y cables, una débil é interrumpida cinta de pálido firmamento. Una gran masa de gente corría en opuesta dirección. A juzgar por sus gritos y voces, corrían á tomar parte en la lucha. Otras figuras menos ruidosas se deslizaban tímidamente entre las sombras.

Allá lejos, al extremo de la calle seguía la lucha, y sus ecos llegaban débilmente hasta él. Pero era evidente para él que esta no era la calle en la cual se abría el teatro. La primera lucha, al parecer, había súbitamente acaecido fuera del alcance de sus oídos. Y—¡grotesco pensamiento!—¡estaban luchando por él!

Por un momento fué semejante al hombre que hace una pausa en la lectura de un libro de paradógico argumento, y duda de pronto de lo que le había parecido incuestionable. En aquel momento su espíritu no se detenía en detalles; el total efecto era un ingente estupor. Y cosa rara, mientras la fuga de la prisión del Consejo, la muchedumbre del gran patio, y el ataque de la policía roja al apiñado pueblo, estaban presentes con toda claridad en su memoria, le costaba un esfuerzo recordar su despertar y reconstruir lo ocurrido en el intervalo de tiempo que estuvo en los Silenciosos Salones. Al principio su memoria saltaba sobre estas cosas y le llevaba al acantilado de Pentangen á todos los umbríos esplendores de la soleada costa de Cornish. El contraste realmente tocaba en lo increíble. Y entonces se llenó el boquete y empezó á comprender su situación.

Ya no era absolutamente un enigma como lo había sido en los Silenciosos Salones. Cuando menos tenía el velado y escueto contorno. Era, en cierto modo, el propietario de medio mundo, y grandes partidos políticos luchaban para tenerle á su lado. De una parte estaba el Consejo Blanco con su policía roja, resuelto, al parecer, á usurparle su propiedad, y quizás á darle muerte; de la otra, la revolución que le había libertado, con él aún no visto «Ostrog» como jefe. Y toda aquella gigantesca ciudad estaba en convulsión para él. ¡Frenético desarrollo de su mundo!

—¡No comprendo!—exclamó.—¡No comprendo!

El se había deslizado de entre los combatientes, había aprovechado aquella media luz. ¿Qué ocurría después? ¿Qué estaba ocurriendo? Se figuró á los hombres de uniforme rojo tan atareados dándole caza, llevándose por delante á los revolucionarios de la divisa negra.

De cualquier manera le habían dado un intervalo de

respiro. Podía permanecer allí desconocido y esperar el curso de las cosas. Su vista siguió la intrincada y confusa inmensidad de las sombrías construcciones, y se le ocurrió, como una cosa infinitamente maravillosa, que sobre todo aquello el sol estaba levantándose, y el mundo estaba iluminando y brillando con la antigua y familiar luz del día. Pasados unos minutos recobró el aliento. La ropa se había casi secado ya, de la humedad de la nieve.

Anduvo, por aquellos caminos, á la luz crepuscular, sin hablar á nadie, sin que nadie se le aproximase, una negra figura, entre figuras negras, el hombre codiciado, el inconsciente propietario de medio mundo. Donde quiera que veía luz, ó grandes grupos, ó excitación extraordinaria, le entraba temor de ser reconocido, y observaba, y retrocedía, ó andaba arriba y abajo por los vomitorios centrales, metiéndose en algún sistema transversal de calles, en la parte superior ó inferior del nivel. Y aun cuando no volvió á caer en medio de las luchas, la ciudad entera era un campo de batalla. Una ó dos veces salió escapado para evitar numerosos grupos de sublevados que iban al combate ocupando la calle por completo. La mayor parte eran hombres y blandían armas. Parecióle que la lucha se había reconcentrado en el barrio de donde acababa de escapar. A intervalos, un lejano rumor, la remota sugestión de este conflicto, llegaba á sus oídos. Entonces la curiosidad y la prudencia lucharon en su espíritu. Pero la prudencia prevaleció, y continuó apartándose cada vez más del peligro, apartándose tan lejos como podía juzgar. A través de la oscuridad, ni le observaban, ni le molestaban. Transcurrido algún tiempo cesó de oír hasta el eco más remoto de la batalla; la gente que pasaba iba disminuyendo cada vez más, hasta que por último quedaron desiertas las titánicas calles. El frontispicio de las casas aparecía cada vez más sencillo y oscuro; parecióle haber llegado á un distrito abandonado. La soledad le envolvía, acortó el paso.

Se dió cuenta de una creciente fatiga. A veces le ocurría el impulso de dejarse caer en cualquiera de los asientos por allí diseminados. Por una febril inquietud, el conocimiento de su vital relación con aquella lucha,

no se le permitía descansar un momento. ¡Era la lucha sólo en su favor!

Y después, á aquel desierto lugar llegó la trepidación de un terreno—entre trueno y rugido—un soplo impetuoso de viento frío, desencadenándose á través de la ciudad, rotura de cristales, el rumor de un derrumbamiento, una serie de gigantescas conmociones. Una masa de cristales rotos y escombros de los lejanos tejados cayó en la galería central á menos de cien pasos de donde él se hallaba, y, á distancia se oyeron gritos y carreras. Él también recobró una súbita actividad, y echó primero en una dirección, y luego volvió atrás perdido el tino.

Un hombre llegó corriendo hacia él. Recobró el dominio de sí mismo.

—¿Qué han volado?—preguntó el hombre con voz entrecortada.—¡Por qué esa ha sido una explosión!

Y antes de que Graham pudiese responderle se alejó presuroso.

Los grandes edificios se ofrecían confusamente á la vista, velados por una media luz, aun cuando el trozo de cielo que se divisaba allá arriba revelase la presencia del día. Vió extrañas formas, no comprendiendo nada de ellas; hasta llegó á deletrear muchos de los rótulos en caracteres fonéticos. Pero ¿qué ventajas reportaba el descifrar de letras anticuadas, después de impropio trabajo, cosas como: «Aquí hay Eadhamita ó Agencia del Trabajo»—«Pequeño Margen»? ¡Peregrino pensamiento! ¡probablemente algunas de aquellas mansiones le pertenecían.

Lo extraordinario de su situación se reflejó vivamente en su espíritu. En realidad había dado un salto sobre el tiempo como los novelistas habían imaginado más de una vez. Y realizado el hecho, se había preparado, sin darse cuenta; se había dispuesto para un espectáculo. No un espectáculo, sino un vago pero un gran peligro; sombras poco simpáticas y velos de oscuridad. Algo, á través de aquel laberíntico caos, le hacía pensar en la muerte. ¡No podrían matarle antes de que pudiera apercibirse! Era bastante posible que entre las sombras de cada esquina, encontrase emboscada su destrucción. Un gran deseo de ver, un gran anhelo de saber se apoderó de él.

Comenzó á recelar de las esquinas. Parecíale que por allí se encontraba bastante seguridad. ¿Dónde ocultar su notoriedad cuando volviese á la luz? Por último sentóse en el saliente de uno de los caminos más altos, creyéndose enteramente solo allí.

Restregóse con los nudillos los fatigados ojos. ¿No sería posible que al abrirlos de nuevo, y mirar otra vez á través de la oscuridad, hubiesen desaparecido aquellas oscuras líneas de vías paralelas y aquella masa de construcciones de intolerable altura? ¿Qué descubriese que la historia entera de aquellos pocos días, su despertar, las ruidosas multitudes, la oscuridad y la lucha, no eran sino una fantasmagoría, nueva y extraña, á manera de sueño? Porque debía ser un sueño tan inconsecutivo, tan poco racional. ¿Por qué luchaba aquella gente en su favor? ¿Por qué le miraban como su Señor y Amo?

Así pensaba, sentado allí, cerrados los ojos y luego miró otra vez, casi esperando á pesar de sus oídos, ver algún familiar aspecto de la vida del siglo XIX, ver, quizás, el puertecillo de Boscastle enfrente, los cantilados de Pentangen, ó la alcoba de su casa. Pero los hechos no responden á las humanas esperanzas. Una escuadra de hombres con una bandera negra, se deslizaba por las próximas sombras, hacia el núcleo de la lucha, y más allá se alzaban las gigantescas fachadas, negras y veladas, con los confusos, incomprensibles rótulos, mostrándose débilmente á sus ojos.

—¡No es un sueño—dijo,—no es un sueño!

Y ocultó el rostro entre las manos.

CAPITULO XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO

Se alarmó al oír toser á su lado. Volvióse rápidamente, y fijándose vió una pequeña y encorvada figura, sentada á unos dos pasos, en la sombra del cercado.